

A woman in a historical, light-colored dress with a ruffled neckline and short puffed sleeves. She has her hands pressed against her chest in a gesture of emotion or distress. The background is a dark wooden bookshelf filled with books.

SABRINA
JEFFRIES

*Complacer
al Principe*

TERCIOPELO BOLSILLO

Complacer al Príncipe



TERCIOPELO

Complacer al Príncipe

Sabrina Jeffries

Traducción de Iolanda Rabascall



TERCIOPELO

Título original: *To Pleasure a Prince*
Copyright © 2005, by Deborah Gonzales
Spanish Language Translation © 2006, by Libros del Atril, S.L.

Primera edición: mayo de 2010

© de la traducción: Iolanda Rabascall
© de esta edición: Libros del Atril S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona.
correo@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Fotografía de cubierta: Glenn Gulley / Room from the Hôtel de Saint-Marc
on the Cours d'Albret, Bordeaux, Metropolitan Museum of Art, NYC

Impreso por Litografía Roses, S. A.
Energía 11-27
08850 Gavá (Barcelona)

ISBN: 978-84-92617-45-6
Depósito legal: B. 15.030-2010

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de
recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio,
sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por
fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A mi querido marido gruñón, con el que he compartido veinte años de mi vida. Esta novela va dedicada a ti. Te quiero tal y como eres.

Y a Deb Dixon. Gracias por todos tus consejos sobre este libro.

Prólogo

Londres, abril de 1814

El padrino de una joven dama en la Corte ha de ser una persona intachable. Si la familia de la dama no lo es, debería tener el buen sentido común de no estar presente durante el acto de presentación de la joven en sociedad.

SEÑORITA CICELY TREMAINE,
La institutriz ideal.
Guía para preceptoras, carabinas
y tutoras de jóvenes damas

Desde el lugar donde estaba emplazado, no conseguía ver nada de lo que sucedía ahí dentro.

Marcus North, el sexto vizconde Draker, se levantó del banco de mármol y cruzó la terraza para otear la sala de fiestas a través de las puertas de cristal. Mucho mejor. Qué pena que no pudiera quedarse allí demasiado rato, pero era demasiado arriesgado. Alguien podría verlo. Y evidentemente, no sería nada elegante que lo pillaran figoneando como un espía francés.

—Pero ¿se puede saber qué estás haciendo? —preguntó una voz detrás de él.

Marcus se dio la vuelta y vio a su hermanastro, que lo miraba con un evidente porte molesto mientras ascendía por la escalinata del jardín de su nueva mansión en la ciudad. Se había arriesgado demasiado, y finalmente lo habían descubierto.

Alexander Black, el conde de Iversley, se presentó en la terraza.

—Pensaba que habías regresado a Castlemaine hace un par de horas.

—Y lo hice —se excusó Marcus al tiempo que regresaba al banco de mármol y asía la copa llena de vino de Madeira que había dejado allí—. Pero a medio camino de Hertfordshire, decidí regresar.

—¿Por qué?

—Para asegurarme de que todo salía bien —alegó al tiempo que tomaba un sorbo de vino.

—¿Y de no ser así? ¿Qué piensas hacer? ¿Irrumpir en la sala y tomar las riendas de la situación?

—Muy gracioso. —Marcus clavó nuevamente la mirada en la sala de fiestas de Iversley a través de las puertas de cristal. Empezaban a llegar los invitados, y en el centro de la sala se hallaba su querida hermanastra.

Por unos breves instantes, sostuvo la respiración. Únicamente avistaba la cabeza de Louisa, fabulosamente coronada por un peinado a la última moda y adornada con una enorme pluma de avestruz. Estaba radiante. Y parecía toda una mujer. Con esos ojos oscuros, a juego con su melena, era la viva imagen de su madre, y eso no podía ser bueno.

Marcus apuró el contenido de la copa. A fin de cuentas, ¿qué sabían Iversley y su esposa Katherine acerca del arte de presentar a una joven en sociedad? Especialmente a una dama con un hermano al que esa misma sociedad despreciaba y sólo se refería a él para criticarlo.

Apartó la vista de las vidrieras.

—¿Qué tal ha ido la presentación de Louisa en la Corte?

—A pedir de boca. No ha tropezado con esa ridícula cola larguísima que deben llevar las jóvenes, y según Katherine, eso es precisamente el mayor temor de una chica.

Cuando la multitud se apartó lo suficiente como para dejar entrever el entalladísimo vestido de Louisa, Marcus se arrepintió del día en que accedió a que fuera presentada en sociedad. Lo cierto es que con esa apariencia parecía más una mujer de veinticinco años casada que una jovencita de tan sólo diecinueve años.

—¿Qué vestido tan horroroso! Enseña demasiado.

—Ya, pero la moda dicta lucir escotes que muestren hasta

el ombligo —añadió una voz familiar que provenía de detrás de Iversley—. El de Louisa es modesto, en comparación.

—¿Qué diantre estás haciendo aquí? —preguntó Marcus mientras su otro hermanastro, Gavin Byrne, emergía de las sombras con una copa de champán en la mano—. Es mi hermana, no la tuya.

Byrne se encogió de hombros.

—El debut de Louisa era parte de nuestro pacto cuando sellamos la Real Hermandad de los Bastardos. Lo menos que podía hacer era asistir a su baile —dijo al tiempo que acribillaba a Marcus con una mirada presuntuosa—, puesto que su propio hermano no está presente.

—Sabes perfectamente bien que no puedo entrar en esa sala. Lo echaría todo a perder.

—Entonces, por el amor de Dios, no la observes furtivamente desde aquí. Si no piensas entrar, botarate sobreprotector, lárgate a casa y deja que Iversley y yo nos encarguemos del asunto.

Marcus lanzó un bufido.

—Me fío de Iversley, pero de ti...

—Caballeros —los interrumpió Iversley—, todos estamos en el mismo barco. Y la peor parte ya ha pasado, así que no hay nada de qué preocuparnos.

Qué equivocado que estaba. Con una hermana, siempre había alguna cosa más por la que preocuparse.

Marcus desvió la mirada hacia la cristalera y sus facciones se crisparon cuando vio que Louisa sonreía tímidamente a uno de los jóvenes apuestos que le estaban presentando.

—¿Quién es ese tipo?

—Relájate —le ordenó Iversley—. Tengo entendido que es un buen partido, un joven rico y respetable. Se llama Simon Tremaine, y es el duque de Foxmón, o algo así.

—¿Foxmoor? —rugió Marcus—. ¿Katherine ha invitado al duque de Foxmoor a la fiesta?

—¿Por qué no? Es rico, apuesto, no está casado y...

—Y es uno de los amigotes del Príncipe de Gales, eso es lo que es —proclamó Byrne. Acto seguido se desplazó hasta situarse al lado de Marcus—. Esto se está poniendo realmente interesante.

Iversley parpadeó perplejo.

—Lo siento. No lo sabíamos. Ni Katherine ni yo prestamos demasiada atención a los cotilleos de la sociedad.

Byrne lanzó una mirada de complicidad a Marcus.

—Claro, están tan ocupados haciendo... otras cosas...

—Pues la verdad es que últimamente no hemos podido dedicarnos a esas cosas —aclaró Iversley—. Katherine tuvo el bebé hace tan sólo dos meses, ¿os acordáis?

—¡Ah, gajes de la vida de un hombre casado! —exclamó Byrne con aire teatral—. ¡Qué suerte tenemos los solteros! ¿Verdad, Draker?

—Sí. —Aunque de hecho, Marcus envidiaba la suerte de Iversley de tener una adorable esposa y un precioso bebé. Habría dado toda su fortuna por poseer una familia así.

Pero sabía que ese sueño jamás se cumpliría. Tenía que aceptarlo. Marcus aguzó la vista y vio que Foxmoor llevaba a Louisa hasta la pista de baile.

—¿Estaba el Príncipe de Gales en la Corte, hoy?

Iversley resopló con desprecio.

—Me han dicho que sí, pero no he tenido el placer de ver a nuestro querido padre.

—Nunca te lo han presentado, ¿verdad? —le preguntó Byrne a Iversley.

—No, aunque eso no cambiaría las cosas. Él no sabe que soy hijo suyo. ¿Y tú?, ¿lo has conocido en persona?

—Lo vi una vez en el teatro, cuando yo todavía era un chiquillo. Mi madre lo señaló desde los bastidores —rememoró Byrne con tristeza—. La pobre mujer nunca cesó en su intento para que ese desgraciado me reconociera como hijo, aunque fuera sólo en privado. Pero claro, Su Alteza se moriría antes que admitir que tenía un vástago de una vulgar actriz irlandesa. ¿Qué pensarían sus amigos de rancio abolengo? —Hizo una pausa y miró a Marcus—. Sólo admite a los que son como Marcus, nacidos de esposas de respetables caballeros.

—En serio —murmuró Marcus—, lo que menos te conviene es que el Príncipe de Gales se entrometa en tu vida. ¿Por qué crees que he mantenido a Louisa recluida durante todos estos años?

Iversley parpadeó confundido.

—¿Louisa es también hija de él? Nos dijiste que sólo lo eras tú, pero si tenemos una hermanastra...

Marcus lanzó un suspiro de cansancio.

—No, hombre, no. Sólo yo soy bastardo. Louisa nació el año en que Su Alteza se casó, mientras él y mi madre eran amantes. Pero a pesar de que la muchacha es definitivamente la hija del vizconde, ese mal nacido ha mostrado un inusitado interés por ella. Incluso envió a un emisario hace un mes para solicitar un encuentro y hablar sobre el futuro de Louisa. Como ya podéis suponer, eché al mensajero de mis tierras a patadas.

Byrne enarcó una ceja.

—Quizá el príncipe sabe algo que nosotros no sabemos. Siempre que ha reconocido a un hijo públicamente lo ha hecho porque no le quedaba otro remedio.

—¡Ella no es hija suya! —bramó Marcus—. El año en que nació fue el único que ese desgraciado no pisó nuestras tierras. Además, si hubiera creído que era su hija, habría intentado retirarme su custodia hace tiempo, tal y como hizo con esa niña llamada Minney hace un par de años. El vizconde siempre afirmó que Louisa era hija de su propia sangre, y la sociedad la acepta como tal, así que será mejor que no vuelvas a insinuar ninguna otra posibilidad.

—Pero seguramente Louisa sabe quién es tu verdadero padre.

—Si lo sabe, jamás me lo ha comentado. Y no quiero que nadie emplace cuestiones dolorosas en su mente sobre su propia sangre cuando no existe ninguna razón para ello. Así que te aviso: mantén el pico cerrado. ¿Ha quedado claro?

—De acuerdo —musitó Byrne—. No sé por qué te muestras tan testarudo con esa cuestión. Convertirse de repente en la hija del Príncipe de Gales no le supondría ningún altercado. A los vástagos que ha reconocido no les ha ido nada mal en la vida. Y tú podrías haberte beneficiado si no hubieras echado a él y a tu madre de Castlemaine.

Ese escándalo lo había desprestigiado ante la alta sociedad, pero la venganza de su madre, el alud de impropiedades que contó a sus amigos acerca de él, acabó de cerrarle todas las puertas por completo. Nueve años después todavía seguía pagando su afrenta. Y todo por culpa de ese maldito príncipe traidor.

—Ese desgraciado se lo merecía. —La ira acumulada tantos años hervía ahora en el interior de Draker—. Y también mi madre. Estaban fornicando cuando sólo hacía una semana que mi padre había muerto.

—¿Y qué? —inquirió Byrne al tiempo que apuraba la copa—. El vizconde jamás protestó. ¿Por qué lo haces tú? Estaba muerto, por el amor de Dios, y ni siquiera era tu padre.

—Pero siempre actuó como si lo fuera. Y merecía ser tratado con respeto por ese par de indecentes por el mero hecho de tratarme como si fuera su verdadero hijo durante todos esos años.

Byrne carraspeó.

—El vizconde permitió que su esposa se acostara con él...

—¡Vaya! Y tú eres la persona más acertada para hablar de eso, ¿no? —apuntó Marcus, alzando la voz—. Tú, que de no coaccionar a los maridos, no conseguirías que ninguna mujer se metiera en la cama contigo.

La mirada azul de Byrne se endureció como un témpano de hielo.

—Así que ahora me sales con ésas, pomposo...

—¡Ya está bien! ¡Callaos los dos! —Iversley tenía la vista clavada en la ventana—. Es por Louisa por la que deberíamos preocuparnos. Veamos, ¿crees que es necesario que aleje a Foxmoor de ella?

Marcus lo miró desafiante.

—Sin ninguna duda. No puede ser una coincidencia que el amigote más ambicioso del príncipe esté revoloteando como un moscardón alrededor de Louisa.

—De acuerdo. Después de esta noche, no volveremos a invitarlo a ninguna fiesta.

—Pero no podrás detenerlo, ni a él ni a nuestro querido padre. Encontrarán otras ocasiones para acercarse a ella. —Marcus depositó una mirada llena de tristeza en las profundidades cristalinas de su copa vacía.

—Oh, sí, claro que puedo —dijo Iversley—. No permitiré que se le acerque nadie que pueda hacerle daño. Durante estos últimos meses que Louisa nos ha visitado frecuentemente para preparar su debut, Katherine y yo le hemos tomado mucho cariño. Por nada del mundo desearíamos que cayera en las redes de Su Alteza y su círculo de depravados.

—Probablemente os estáis preocupando sin razón —apostilló Byrne—, sólo porque Foxmoor esté bailando con ella no significa que el príncipe lo haya enviado. Después de todo, Louisa es una joven muy bella.

—Es verdad. Pero esta situación me saca de quicio.

Por primera vez en muchos años, Marcus deseó poder formar parte de esa sociedad que tanto detestaba sin levantar comentarios ponzoñosos ni miradas de desprecio. Anheló afeitarse la barba que ocultaba esa terrible cicatriz sin temor a despertar incluso más rumores maliciosos. No le importaba lo que pudieran decir o pensar de él, pero Louisa...

Al no poder acompañarla, no podía protegerla.

Mas tampoco podía exigirle que se mantuviera exiliada con él en Castlemaine, aunque eso fuera lo que realmente deseaba. Louisa se merecía algo mejor. Y el único modo de conseguirlo era confiarla a Iversley y a Katherine, para que cuidaran de ella durante las semanas que se hospedara en su casa y asistiera a un sinfín de bailes y de fiestas para darse a conocer.

Sin él.

—Espero que tú y Katherine sepáis lo mucho que aprecio lo que estáis haciendo por ella.

—Vamos, es lo mínimo que podemos hacer, después de lo que tú hiciste por nosotros —repuso Iversley con una voz profunda y emotiva.

—Pero si no fue nada, de veras —farfulló Marcus, sintiéndose incómodo ante la falta de costumbre de que alguien le diera las gracias. No estaba habituado a tener amigos —ni hermanos— que le agradecieran su ayuda.

Un silencio incómodo inundó el espacio, entonces Iversley se aclaró la garganta y anunció:

—Será mejor que regrese con mis invitados. Y vosotros dos, ¿pensáis quedaros aquí plantados durante el resto de la velada?

—¿Y contemplar cómo Draker se enfurece cada vez que Louisa baila con alguien que no es de su agrado? —bromeó Byrne—. No, gracias. Nos vamos al Blue Swan.

Marcus fulminó a Byrne con una mirada despectiva.

—No pienso pisar ese antro de perdición que regentas, mientras un montón de botarates especulan sobre mi barba y mi pasado y mi...

—Está claro que nunca has estado en el famoso club de caballeros de Byrne, si crees que es un antro de perdición —remarcó Iversley—, y estoy seguro que el local dispone de estancias privadas.

—Sin olvidar el mejor brandy francés que ningún contrabandista de Londres es capaz de ofrecer —añadió Byrne—. Venga, enorme gruñón. Esta maldita fiesta durará aún bastantes horas, y ya sabes que no es conveniente que merodees todo el rato por aquí hasta que te pongas en evidencia.

Odiaba admitirlo, pero Byrne tenía razón.

—Supongo que podría irme a casa.

Aunque lo cierto es que no estaba de humor para regresar a Castlemaine y al vacío que Louisa había dejado en su ausencia.

—¿Es cierto que tienes salas privadas?

—Por supuesto que sí. —Una sonrisa socarrona se perfiló en los labios de Byrne—. Y si quieres, puedo conseguir compañía femenina para los dos. Invita la casa.

Marcus se sintió ciertamente tentado. A pesar de que nunca había tenido una amante y que apenas recurría a prostitutas, esa precisa noche no era el momento de mostrarse escrupuloso. Y Castlemaine le resultaría menos solitario si regresaba en plena luz del día.

—Vamos, Draker, ve con él —lo animó Iversley—. Después de todo, para eso están los hermanos, ¿no? Para ayudarse los unos a los otros.

Hermanos. El dolor punzante que Marcus sentía en el pecho desapareció casi por completo.

—De acuerdo, iré.

—¡Excelente! —Byrne asió la botella de vino de Madeira y volvió a llenar su copa y la de Marcus; a continuación pasó la botella a Iversley, alzó su propia copa y propuso un brindis—: ¡A la salud de La Real Hermandad de los Bastardos!

Los otros dos partícipes se unieron al brindis. Iversley se llevó la botella a los labios y bebió directamente de ella.

Después Marcus alzó nuevamente su copa:

—¡Y a la salud de nuestro progenitor real! ¡Ojalá se pudra en el infierno!

Capítulo uno

Hertfordshire, mayo de 1814

No te dejes llevar por las habladurías, pero sé consciente de los rumores que circulan; de ese modo podrás separar el trigo de la paja.

SEÑORITA CICELY TREMAINE,
La institutriz ideal

El carruaje empinó la última cuesta de la montaña y lady Regina Tremaine contuvo la respiración cuando avistó la mansión de Castlemaine, arropada por uno de los frondosos valles de las colinas de Chiltern. El lugar daba crédito a su gloriosa fama. Aunque carecía de un foso, era la vívida imagen de un castillo de estilo Tudor, con sus almenas, sus parapetos y sus puntiagudas ventanas góticas. Qué extraño le parecía descubrir un sitio así aquí, en Hertfordshire, entre bueyes y campos de cebada, a unos treinta kilómetros escasas de Londres. Era como encontrar Camelot en pleno centro del barrio londinense de Whitechapel.

—Qué interesante, ¿verdad? —comentó Cicely Tremaine, la prima solterona mayor de Regina que le hacía las veces de carabina.

—Es fascinante. —Si bien ella ya se esperaba algo parecido, después de escuchar la minuciosa descripción que Louisa le había ofrecido de su casa—. Aunque seguramente será muy oscuro por dentro. Ya sabes cómo suelen ser estos viejos castillos.

Unos breves momentos después, cuando un lacayo les abrió la puerta y las dejó pasar, Regina descubrió que el lugar no era lúgubre en absoluto. Sí, quizá a alguien se le había ido un poco

la mano con la decoración. Según los rumores, el previo vizconde había gastado una fortuna rehabilitando el castillo hacía unos veinticinco años; inspirándose en la extravagante villa Strawberry Hill de Walpole, había convertido un castillo decadente en una verdadera obra de arte gótica.

No obstante, Regina tenía que admitir que habían hecho un óptimo trabajo. La oscura madera bruñida y las verjas de hierro forjado aportaban una manifiesta sensación de robustez. A pesar de los colores amortiguados del antiquísimo tapiz que colgaba de la pared, la impresión general era de un estallido de colores, con las cortinas de seda con puntitos dorados y los vibrantes matices rojos y azules de las vidrieras que coronaban la parte más alta de una impresionante escalinata de madera de caoba.

Cicely se aproximó más a Regina.

—Pues el interior no es lo que una esperaba, ¿verdad?

—No. —Regina sabía que lord Draker era rico pero, dada su notoria reclusión, había esperado encontrar los techos oscurecidos por el hollín y con unas enormes telarañas asomando por debajo de cada silla, en lugar de ese vestíbulo inmaculadamente limpio con su destellante candelabro de cristal y un cuadro de Tintoretto que proclamaba la opulencia y el gusto del propietario.

Pero sólo para aquellos que entendieran de arte. O lord Draker era más sofisticado de lo que ella había imaginado, o simplemente sentía predilección por cuadros interesantes.

Regina deseó que de las dos opciones, la segunda fuera la cierta. Sus mejores éxitos los había cultivado con hombres simplones y poco inteligentes; los listos eran siempre un problema, aunque también lograba vencerlos sin demasiados esfuerzos cuando se lo proponía.

El mayordomo se acercó a las dos damas, con la mirada azorada.

—Buenos días, señoritas. Supongo que su visita se debe a un error. La señorita North no se halla en casa sino en Londres y...

—No he venido a ver a Louisa —lo cortó Regina con una sonrisa de cortesía—. ¿Sería tan amable de anunciar a su señoría que lady Regina Tremaine está aquí y que desea hablar con él?

La cara del mayordomo adoptó el tono rojo de la grana.

—¿Su... su señoría?

Regina enarcó una ceja.

—Estamos en Castlemaine, ¿verdad?

—Sí, señorita, pero... bueno... supongo que se refiere al vizconde, quiero decir, a lord Draker.

—Efectivamente.

—A Marcus North, el sexto vizconde Draker.

—Sí, sí, a ése —apuntó ella impacientemente—. ¿Acaso estoy en la casa equivocada?

—Quizá no sea el momento oportuno —susurró Cicely con voz queda.

—¡Bobadas! —Regina le ofreció al mayordomo una sonrisa cortés—. ¿Hará el favor de anunciarle al vizconde que he venido a verle? Si no es mucho pedir.

El mayordomo volvió a sonrojarse.

—Por supuesto que no, señorita. Discúlpeme, pero es que casi nunca vienen señoritas... es decir, que el señor apenas recibe... —Abatido, intentó recuperar la compostura—. Ahora mismo anuncio su llegada.

—¡Cielo santo! ¡Vaya espécimen! —exclamó Regina en voz baja mientras el mayordomo subía la escalera principal con gran celeridad—. No me cabe duda de que el vizconde es un ogro, por la forma de actuar de ese criado.

—Lo llaman el vizconde Dragón —precisó Cicely.

Regina contempló el cuadro de Tintoretto con San Jorge matando al dragón, el escudo de armas de los Draker con su rampante dragón negro, y el poste de caoba de la base de la escalera con un dragón enrollado en su parte superior.

—Pues no entiendo por qué lo llaman así —dijo secamente. Cicely siguió su mirada.

—No es sólo por eso. Parece ser que tiene muy mal carácter. Según he oído, el año pasado pateó a un librero en plena calle a causa de un viejo libro que el pobre hombre le había prometido y que luego vendió a lord Gibbons. Y también cuentan que el mes pasado echó a patadas a un emisario de Su Alteza.

—Ya, y también se rumorea que lord Maxwell duerme con una cabra, pero jamás me has visto enviar a nadie a que la ordeñe. Mira, no deberías hacer caso de las malas lenguas.

—Pero es que en el caso del vizconde, no se trata de simples rumores. —Cicely respiró con dificultad a causa de sus problemas pulmonares crónicos—. ¿Qué me dices de lo mal que trató a su madre? ¿No recuerdas las terribles cosas que lady Draker explicaba cuando visitaba a tus padres?

—Recuerdo que a lady Draker le encantaba dramatizar y exagerar. Además, no es posible que el vizconde sea tan horrible como ella contaba, si ha sido capaz de criar a una hermana tan cariñosa y embelesadora como Louisa, quien, mira por dónde, dice que su madre mintió acerca de los supuestos malos tratos que le propinaba su hijo.

Pero Cicely no se avenía a razones.

—La señorita North está probablemente demasiado aterrizada de su hermano como para decir algo en su contra.

—Pues no actúa como una chica atemorizada, te lo aseguro. Ella lo describe como un ser maravilloso. —De hecho, la incongruencia entre las imágenes que Louisa y la alta sociedad ofrecían respectivamente de lord Draker la tenía muy intrigada. Aunque no hubiera tenido una excusa para realizar esa visita, posiblemente habría venido de todos modos a conocer personalmente a ese sujeto—. Por eso Louisa no aceptará los planes de mi hermano sin el debido permiso del vizconde, porque respeta la opinión de lord Draker.

—Sí, pero...

—¡Chist! —la interrumpió Regina—. Escucha.

La voz apagada del mayordomo flotó por el aire hasta ocupar el vestíbulo ahora en silencio.

—Pero... pero... Señor, ¿qué quiere que les diga?

—Dícales que no me encuentro bien —bramó una profunda voz masculina—. Dícales que estoy de viaje por la India. No lo sé. No me importa la excusa, pero quiero que se marchen de mi casa ahora mismo.

—Sí, señor —replicó el mayordomo.

Regina lanzó un bufido. Así que lord Draker se negaba a verla, ¿verdad? Pues no se iba a salir con la suya. Cuando vio que el mayordomo iniciaba su descenso por la escalera, ella se dirigió hacia allí.

Cicely la agarró del brazo.

—¿Qué vas a hacer? No puedes...

—Quédate aquí y mantén al mayordomo ocupado —le ordenó Regina al tiempo que se zafaba de la débil garra de su prima—. He venido a hablar con lord Draker y no me marcharé hasta que lo haya conseguido.

—Pero...

Regina no se quedó para escuchar ni un solo reproche más. Si el vizconde pensaba que podía ser tan irreverente con ella, después de haber recorrido treinta kilómetros desde Londres, y echarla como si se tratara de un acreedor inoportuno, iba listo.

Una vez arriba, en el extenso pasillo del primer piso, Regina sólo necesitó unos minutos para encontrar —tras fisgar en las habitaciones que se ocultaban detrás de cada una de las macizas puertas de roble— la estancia que debía de corresponder al estudio del vizconde. Se entretuvo un instante, lo suficiente como para examinar su apariencia en un espejo con el marco de caoba. Las mejillas sonrosadas a causa del viaje, correcto. El nuevo sombrero de color marrón rojizo perfectamente colocado en su sitio, correcto. Una capa a juego entreabierta que revelaba tan sólo la parte superior de su pecho, correcto. Lord Draker iba a caer rendido a sus pies.

Antes de que los nervios se apoderaran de ella, abrió la puerta y entró en la cueva del dragón. Pero el lugar no estaba decorado con rocas ennegrecidas con olor a sulfuro... sino con piel curtida dorada y olía a tinta. Libros, un millar de libros adornaban las paredes en sombras variantes de marrón y azul oscuro, resaltando todavía más la gran cultura y riqueza del propietario.

La estancia era enorme; probablemente abarcaba la longitud completa de la casa. ¿Cómo podía alguien tener tantos libros y, además, leerlos todos?

En ese momento, Regina se dio cuenta de que tendría problemas. El vizconde no sólo era un hombre inteligente sino que además poseía una sabiduría interminable. Apartó rápidamente ese pensamiento incómodo de su mente. Después de todo, era un hombre, o mejor dicho, una rata de biblioteca, con escasos conocimientos de la alta sociedad, de la actualidad, y de las tretas femeninas. Seguramente su encanto usual y su sonrisa seductora serían suficiente para aplacar a la bestia.

Pero ¿dónde estaba el personaje misterioso? La biblioteca

parecía vacía. Cerró la puerta a su espalda. Al instante, una voz profunda y penetrante que parecía provenir del cielo llenó toda la estancia.

—Supongo que se ha librado de la hermana de Foxmoor.

Sorprendida, levantó la vista y descubrió una galería justo encima de su cabeza. Avanzó un poco más hacia el centro de la estancia y entonces divisó al mismísimo vizconde Dragón. Lord Draker estaba de pie en la estrecha galería que recorría de pared a pared la gran sala de techo alto y contenía numerosas estanterías abarrotadas de más libros. El vizconde le daba la espalda, su corpulenta espalda. Tomó un volumen y lo abrió con el mismo esmero con el que una madre sostendría a un bebé entre sus brazos.

Era el único rasgo delicado del sujeto. El resto de su ser era ciertamente grotesco: exhibía una melena mal cortada y desaliñada que caía de forma poco elegante sobre el cuello de su traje, y por vestimenta lucía un trillado traje pasado de moda y unas viejas botas ajadas.

Para colmar el vaso, el tipo era enorme. No era pues extraño que todo el mundo creyera el rumor que era hijo del Príncipe de Gales y no del vizconde. Era evidente que tenía la complejión robusta de los Hanover, pero sin la opulencia de carnes de Su Alteza.

El gigante con el pelo desaliñado depositó nuevamente el libro en la estantería y procedió a tomar otro ubicado en un estante inferior, con lo cual ofreció a lady Regina una vista inigualable de unas envidiables posaderas y unos musculosos muslos tensados y prietos bajo la tela de los pantalones desgastados. Lady Regina sintió una intensa sequedad en la boca. Era capaz de apreciar una buena figura masculina cuando la tenía delante.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿La ha molestado la hermana de Foxmoor? Tengo entendido que es una muchacha bastante impertinente.

Las palabras la asaltaron por sorpresa, sacándola de su ensimismamiento.

—No, no más que cualquier otra dama que se sienta desatendida por un caballero insolente y grosero.

Él se irguió rápidamente, se volvió hacia ella para mirarla y lady Regina se quedó sin aliento.

El vizconde no se parecía en absoluto al que se rumoreaba que era su progenitor. En primer lugar, lucía una poblada barba muy poco elegante. Su Alteza se tragaría un hierro candente antes de dejarse crecer unos bigotes tan extensos. Pero seguramente al príncipe no le importaría tener el cuerpo de este hombre: exhibía unos fornidos hombros cuadrados y un pecho ancho que se estrechaba progresivamente hasta una cintura sorprendentemente perfecta. Incluso sus pantorrillas parecían estar bien perfiladas, aunque sus medias...

Lady Regina parpadeó y volvió a observarlo. Llevaba una media de cada color.

—¿Ha terminado? —espetó él.

Ella se sobresaltó.

—¿Si he terminado el qué?

—De examinarme de la cabeza a los pies.

Maldición. No tenía intención de observarlo tan descaradamente.

—No puede culparme de que sienta una enorme curiosidad. Muy poca gente ha tenido el placer de ver Castlemaine y, menos aún, de ver a su dueño.

—La razón es bien sencilla —repuso él al tiempo que le daba la espalda nuevamente para depositar el libro en el estante—. Y ahora, si me disculpa...

—Lo siento, pero he venido con el firme propósito de hablar con usted.

Él se limitó a asir otro volumen.

—Igualita que su hermano, ¿verdad? No acepta un no por respuesta.

—No cuando esa negativa se ofrece sin ninguna explicación.

—No tengo que dar explicaciones de por qué me niego a hablar con un visitante. Tengo entendido que incluso la etiqueta social me permite elegir a quién deseo ver, especialmente cuando estoy ocupado.

—Usted no está ocupado, lo que pasa es que es un cobarde.

El vizconde se dio la vuelta y la miró furibundo.

—¿Qué ha dicho?

«Excelente, Regina, ¿Y por qué no le abofeteas la cara con el guante?», pensó ella, pero es que ese hombre la sacaba de sus casillas.

—Le he llamado cobarde. No muestra ningún reparo en calumniar a mi familia ante su hermana, pero no se atreve a expresar sus objeciones directamente a la cara.

Una estentórea risotada inundó la biblioteca.

—¿Cree que usted y su hermano pueden intimidarme?

Regina sintió que su ira iba en aumento.

—Simon me ha contado que se niega a hablar con él.

El vizconde volvió a centrar toda su atención en el libro.

—Él sabe perfectamente por qué prefiero hablar con los Iversley. Y por si ellos no han sido suficientemente explícitos, le hago saber que desapruedo absolutamente las artimañas de su hermano para enredar a mi hermana...

—¡Mi hermano sería incapaz de enredar a nadie! —protestó ella.

—Pues si es así, estaré encantado de solucionar esta cuestión con él en persona —concluyó el vizconde. Acto seguido tomó otro libro y lo hojeó con desgana—. Así que dígame a su hermano que no conseguirá ganarse mi beneplácito enviándome a su hermanita.

—Él ni siquiera sabe que he venido. Y estoy segura de que no me permitiría que interfiriera en sus asuntos.

Lord Draker se dio la vuelta y le clavó una mirada inquisidora.

—Entonces, quizá debería respetar los deseos de su hermano y no entrometerse en este tema.

Le repito que no he venido de parte de mi hermano sino porque me lo ha pedido su hermana.

A lady Regina no se le escaparon los sutiles rasgos caballerescos del vizconde.

—¿La envía Louisa?

—Sí. Me dijo que usted jamás la escucharía porque no tiene experiencia en las tramas de la alta sociedad. Pero tenía la esperanza de que atendería a alguien capaz de señalarle las ventajas de una alianza entre ella y mi hermano. —Especialmente desde que los Iversley apoyaban la firme decisión de lord Draker de prohibir que Simon se acercara a su cándida hermana.

El vizconde se mostró contrariado.

—Pues Louisa se equivoca. El tema está zanjado; no hay nada más que hablar.

—¿Qué reparo tiene para no dejar que Simon festeje con su hermana? Es uno de los caballeros más deseados de Londres.

—No me cabe la menor duda —repuso él mientras movía la mano con impaciencia—. Y ahora, si me disculpa, tengo trabajo por hacer.

Regina no estaba acostumbrada a que alguien la ignorara o la tratara con tan poca educación. Y que encima fuera desatendida así por ese... ese energúmeno colosal, la enfurecía hasta límites inusitados.

—No me marcharé hasta que me dé un buen motivo para sus objeciones. Porque, con franqueza, no encuentro ninguno que sea razonable.

—Pues claro que es incapaz de ver los motivos —le recriminó él mientras la repasaba con desdén desde su sombrero de color lila hasta la punta de sus carísimos zapatos infantiles. Ella habría jurado ver un destello de admiración en su mirada... hasta que el vizconde matizó con evidente desprecio—: Las de su clase jamás los ven.

Lady Regina no daba crédito a lo que acababa de oír. Ofendida y cansada de tanto encorvar el cuello incómodamente para observar a ese individuo detestable, se dirigió con paso decidido hacia la escalera que conducía hasta la galería superior.

—¿Y qué clase es ésta?

—La de las ricas damas de alta alcurnia que se mueven en los círculos más elevados de la sociedad.

Regina inició el ascenso por la escalera. Si él continuaba negándose a prestarle atención, lo acorralaría en la galería y le obligaría a escucharla.

—Su hermana es también una rica dama de alta alcurnia que se mueve en los círculos más elevados de la sociedad.

Lord Draker la fulminó con la mirada.

—Sólo hasta que encuentre un esposo decente. Deseo una vida mejor para ella que la que lleva parte de esa sociedad mezquina —apostilló sin dejar de mirarla despectivamente—, formada por féminas patéticas que se pasan el día vacilando sobre el color del vestido que lucirán en la próxima fiesta.

Regina creyó que iba a montar en cólera. Alcanzó la galería y se dirigió hacia el vizconde.

—Supongo que preferiría que se casara con un ermitaño

con la cara peluda como usted, para que se pasara los días escuchándole cómo despotricaba de todos sus visitantes.

Las palabras quedaron colgadas en el aire, convirtiendo la atmósfera en puro hielo. Cielo santo, el vizconde tenía los ojos más bonitos que jamás había visto, del color de las castañas, con unas pestañas larguísimas, un poco más oscuras que la mata de pelo que coronaba su cabeza.

Qué pena que esos ojos la estuvieran taladrando con tanto furor.

—Mejor eso que pasarse la vida al servicio del Príncipe de Gales y de otros de la misma calaña.

De repente Regina lo vio claro.

—Ah, ya entiendo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? No acepta a Simon porque es amigo de Su Alteza. No quiere que su hermana esté cerca de su padre, después de los terribles esfuerzos que usted hizo hace años por echarlo de sus tierras y de sus vidas.

—Tiene toda la razón. Pero además... —El vizconde hizo una pausa repentina. El malhumor de su cara desapareció y fue reemplazado por unas leves arrugas que se dibujaron a ambos lados de sus bellos ojos—. ¿Se da cuenta de que acaba de llamarme bastardo a la cara?

—¡No es cierto!

—A los efectos de la ley, mi padre era el quinto vizconde Draker. Y puesto que usted no se estaba refiriendo claramente a él...

Maldición. La había pillado. Los caballeros inteligentes no causaban más que problemas.

Lord Draker prosiguió con petulancia.

—Cabría esperar que la hija de un duque fuera lo suficientemente perspicaz como para no lanzar rumores salaces sobre los progenitores de un hombre delante de él. —Apoyó la mano en la barandilla de la galería—. Pero claro, ambos sabemos cuán frágil es la falsa fachada de educación de usted y los de su clase.

—Ya he oído suficiente sobre la opinión que le merecemos los de mi clase, pedazo de zoquete. —Y, sin mediar ni una sola palabra más, se dirigió con porte airado hacia la escalera—. Si lo que quiere es que Simon y Louisa se vean a escondidas, per-

fecto. ¿A quién le importa si un día alguien los sorprende en una situación comprometedor y estalla el escándalo? Simplemente pienso decirle a mi hermano que siga adelante con sus planes de encuentros secretos y que...

—¡Un momento! —tronó él.

Regina se detuvo en seco a un paso de la escalera, con una amplia sonrisa en los labios. El vizconde se le aproximó a grandes zancadas.

—¿De qué diantre está hablando?

—Huy, no. No deseo molestarlo con esa historia; está usted demasiado ocupado —terció ella al tiempo que reemprendía la marcha lenta, muy lentamente—. Es evidente que ya le he robado demasiado de su preciado tiempo, así que me marchó.

Había alcanzado la escalera cuando lord Draker la agarró del brazo y la obligó a darse la vuelta.

—No se irá de aquí hasta que me diga qué demonios sucede, maldita sea.

Forzando una sonrisa educada, Regina apartó la mano del vizconde de su brazo.

—¿Está seguro de que dispone de suficiente tiempo libre? —preguntó con falsa dulzura—. No desearía que se sintiera forzado.

Lord Draker la apartó a un lado y empezó a descender por los peldaños, obligándola a seguirlo.

—Será mejor que esas patrañas sobre encuentros secretos no sean fruto de su imaginación, porque si cree que conseguirá captar mi atención con una mera trampa...

—¿Trampa? Seguro que no creerá que una mujer que malgasta su tiempo vacilando sobre qué vestido va a lucir podría engatusar a un caballero tan inteligente como usted.

«¡Ahí queda eso, ogro miserable!», pensó ella cuando él re-sopló con evidentes muestras de crispación.

Regina estaba tan ofuscada felicitándose a sí misma por su agudeza verbal que perdió el equilibrio, y a punto estuvo de caer de espaldas y darse de bruces contra el suelo si lord Draker no la hubiera atrapado a tiempo por la cintura.

Durante unos breves instantes, los dos se quedaron inmóviles. Sólo el enorme brazo del vizconde prevenía que ella cayera al vacío. Qué suerte que fuera tan hercúleo.

Y sorprendentemente limpio, a pesar de ese porte tan tosco. Un ligero aroma de jabón perfumado la embriagó, y se preguntó si en realidad era tan zoquete como aparentaba.

Entonces el vizconde deslizó la vista hasta la *pelisse* entreabierta, que revelaba un entallado corpiño, y clavó los ojos en ese punto.

Los hombres solían mirar descaradamente sus pechos, y en alguna ocasión Regina había sacado ventaja de esa desfachatez. Pero por alguna razón, la mirada del vizconde la incomodó sobremanera. Parecía como si deseara devorar sus pechos... y que ella disfrutara con el acto.

Sintió que la invadía un ligero rubor, y abrió la boca para reprenderlo, pero entonces se fijó en la cicatriz que emergía de su poblada barba e iba a morir en su mejilla. Había oído decir que tenía una cicatriz, pero nadie parecía saber ni su envergadura ni cómo se la había hecho. Su poblada barba la cubría casi en su totalidad, pero la parte que sobresalía tenía un aspecto más bien desagradable. ¿Qué había hecho para recibir una herida tan horrorosa? Regina se estremeció sólo de pensarlo.

El vizconde levantó la vista y la miró a los ojos. Cuando se dio cuenta de lo que ella estaba contemplando con tanta atención, frunció el ceño.

—Yo de usted miraría dónde pone los pies, señorita. Supongo que no le apetece llegar al suelo a trompicones.

La amenaza patente hizo que Regina sintiera un escalofrío a lo largo de la espalda.

Lord Draker la levantó como si fuera una pluma y la depositó firmemente en el suelo, dos peldaños por debajo de él, después descendió hasta situarse a su lado.

—Y ahora, lady Regina, explíqueme exactamente qué ha querido decir con eso de mi hermana y los encuentros secretos. No la dejaré marchar hasta que me lo haya contado todo.

Ella asintió, intentando no prestar atención al cosquilleo que le provocaba la voz ronca y profunda del vizconde en el estómago. Aparentemente, había conseguido despertar al dragón dormido.

Ahora se trataba de mantener su atención.

Capítulo dos

Jamás te fíes de un hombre joven, ya sea un pobre diablo o un rico caballero con título nobiliario. No se te ocurra dejarlo a solas con tu pupila.

SEÑORITA CICELY TREMAINE,
La institutriz ideal

Mientras la hermana de Foxmoor se dirigía al centro de la biblioteca, Marcus la siguió con los ojos, intentando no perder la cabeza. Los movimientos de la mujer eran tan gentiles como una sonata. No conseguía desviar la mirada de esas posaderas tan bien moldeadas, cubiertas por lo que sin duda alguna era un traje a la última moda. Habría dado la mitad de su fortuna por tener ese elegante trasero sentado en su regazo y deleitarse con el fino aroma perfumado que emanaba de cada centímetro de la piel de esa mujer.

El vizconde volvió a fruncir el ceño. No podía caer rendido a los pies de una dama tan arrogante como ella. Incluso después de rescatarla de lo que habría sido una funesta caída, ella lo había mirado como si él fuera a violarla allí mismo.

Y lo habría hecho. ¿Quién no?, ¿con una mujer que exhibía unos pechos tan apetitosos, como suplicándole que se sumergiera en ellos y que gozara sin reparos?

Sí, claro, y luego le pediría que se machacara la cabeza contra las rocas. No tenía ninguna duda de que el vil de Foxmoor había enviado a su querida hermanita para charlar con él, a pesar de lo que ella argumentaba. Eso era precisamente lo que en tiempos remotos hacían para apaciguar a un dragón, ¿no? Enviarle una bella joven virginal.

Pero esa virgen era más brava que las demás. Pocas damas se atreverían a irrumpir en su biblioteca sin ser previamente presentadas, especialmente conociendo los cotilleos que circulaban sobre él. Y en cuanto a lo de ser virgen, esa mujer era lo suficientemente sofisticada como para haberse ganado el apodo entre la alta sociedad de *La Belle Dame Sans Merci* (la hermosa mujer sin compasión), título sacado de un poema de Chaucer que trataba sobre una mujer insensible.

Era mejor no olvidar que ella representaba esa idea de mujer a la que los poetas se referían cuando hablaban de morir de amor.

Era una hembra peligrosa, sin duda.

—¿Y bien? —espetó él impaciente, deseando que se marchara de su estudio antes de que lo hechizara por completo—. ¿Qué son todas esas monsergas sobre encuentros secretos?

Regina lo miró con descaro. Que Dios lo ayudara, ¿y por qué tenía que ser rubia, que era el tipo de mujer que más le encandilaba? Los rizos que asomaban por debajo del sombrero adornado con una pluma eran tan dorados como el ribete áureo de su edición favorita de *La odisea*. Maldita fuera ella y todas las féminas parecidas a ella. En esos momentos no tenía ganas de esa clase de jueguecitos.

Regina lo observó sin perder la compostura.

—Su hermana y mi hermano están determinados a verse. Si no consiente que festejen, se escabullirán de la mirada atenta de sus guardianes. Están seguros de que de ese modo conseguirán que alguien los pille en una situación comprometida. Pero eso afectaría más la reputación de Louisa que la de mi hermano.

—Y es precisamente por eso por lo que ella no osaría actuar de un modo tan desvergonzado.

—¿Ah, no? —Lady Regina lo miró sin parpadear—. Estoy aquí justamente porque ella no desea actuar a sus espaldas hasta que no sepa cuál es su decisión final.

La alarma se extendió por la cara de Marcus.

—¿Ha hablado con Louisa acerca de esto?

—He intentado disuadirla, que no es lo mismo. Estaba lista para acatar los planes de mi hermano, pero la convencí de que incluso un duque no está por encima de las críticas que se derivarían de tal asunto y que si los pillaban, el escándalo sería...

—¡Al cuerno con el escándalo! ¡No quiero que su hermano y su vicioso círculo de amigos se acerquen a mi hermana! Los ojos grises de Regina se endurecieron como el acero.

—Siento comunicarle que Louisa no comparte su aversión por Su Alteza.

Ése era el problema. Louisa ni siquiera lo comprendía. Ella tenía apenas diez años cuando su madre se marchó. Todo lo que recordaba del Príncipe de Gales era un indulgente «tío George», que de vez en cuando le compraba algún regalo. Marcus se esmeró muchísimo para mantenerla alejada de los rumores sobre la naturaleza verdadera de la amistad de su madre con aquel individuo.

—Veo que conoce bien a Louisa —apuntó el vizconde.

—Sí, somos amigas.

Maldición, su pobre hermana había aterrizado en medio de un nido de víboras. ¿Cómo lo habían permitido los Iversley?

—Entonces, debería de saber que no es tan lista como para afrontar las pautas de la alta sociedad, es decir, que no resultaría una buena elección para su hermano.

—Ella lo hace feliz; eso es todo lo que importa.

Lord Draker estalló en una amarga risotada.

—Unos sentimientos bien extraños, proviniendo de usted, señorita.

Regina bajó la cabeza, mostrando un primer plano de la pluma de avestruz que coronaba su sombrero.

—¿Qué quiere decir? Si ni siquiera me conoce.

—Sí que la conozco. ¿Quién no ha oído hablar de lady Regina Tremaine, la dama a la que, a pesar de haber rechazado a un sinfín de caballeros, le llueven más propuestas de matrimonio cada año que pasa? ¿No encuentra al hombre que la haga feliz? ¿O acaso ninguno está a la altura del exquisito linaje de su familia y de sus enormes expectativas?

Las mejillas de la joven se cubrieron con un rubor que le quemaba.

—Parece ser que le interesan las habladurías infundadas.

—Pues a mí no me parecen tan infundadas, ahora que la he conocido en persona.

—Lo mismo podría decir yo de los cotilleos que circulan sobre usted.

—¿Ah, sí? ¿Y qué cuentan de mí estos días?

Nadie en la alta sociedad osaba chismorrear sobre un hombre delante de sus propias narices.

Ella desvió la vista con una sonrisa envenenada.

—Cuentan que es un hombre obstinado con el temperamento de un ogro. Que guarda secretos tan oscuros que no se pueden contar, y que haría cualquier cosa por mantenerlos ocultos.

Lord Draker lanzó un bufido, ahora era su turno.

—Pues de usted dicen que disfruta poniendo a los presuntuosos y a los insolentes en su sitio. Que gracias a su lengua viperina se ha convertido en la estrella durante los seis o siete años que hace que ha ingresado en nuestra sociedad corrupta.

—Seis, para ser exactos —corrigió ella, mostrándose tensa. Las facciones de lady Regina se habían tornado más gélidas—. Pero sigamos con los rumores: dicen que intimida a los comerciantes y echa a patadas a los pobres mensajeros sin ninguna razón aparente. Además, cuentan que William Blake, ese patán que se cree artista, se inspiró en usted para pintar uno de sus horribles cuadros de dragones.

Daba la casualidad que el vizconde poseía uno de esos horribles cuadros de dragones. El propio Blake se lo había regalado, aunque él pensó que se trataba de una broma por parte de Blake. Hasta ahora.

Con una mueca de disgusto, lord Draker inclinó la cabeza hasta que sus ojos quedaron a la misma altura de los de esa descarada mujer.

—Comentan que no es más que una niña mimada arrogante que cree que el sol sale y se pone por usted, por ser la hija de un duque.

Cuando los ojos chispeantes de Regina toparon con los del vizconde, él creyó vislumbrar un atisbo de dolor. Pero eso era absurdo. Las mujeres como ella carecían de sentimientos.

—Dicen que se zampa varios niños pequeños para desayunar —indicó ella—, con mermelada.

La sandez deliberada de esa última acusación dejó a lord Draker perplejo, y ésa era una sensación que odiaba profundamente. La fulminó con la mirada.

—Pues a usted la llaman *La Belle Dame Sans Merci*.

Regina aproximó tanto su cara a la de su impertinente interlocutor que la pluma de avestruz le hizo cosquillas en la frente.

—Y a usted le llaman el vizconde Dragón. Pero eso es porque a la sociedad le gusta endosar apodos a aquellos a los que teme, envidia o admira. Son motes que no reflejan en absoluto nuestra personalidad, y eso es algo que usted, de entre todas las personas, debería saber.

El alegato sagaz sobre las habladurías de la alta sociedad hizo que el vizconde se detuviera unos segundos a pensar. Entonces, de repente dijo:

—Se ha dejado los peores cotilleos que se cuentan de mí. Que atemorice a mi madre y que la forcé a refugiarse en sus amigos más bondadosos, como por ejemplo, los padres de usted. Que me negué a aceptar las últimas voluntades de mi padre. Que incluso llegué a pegar a mi madre. ¿O acaso no ha oído esos rumores?

—Los he oído.

—Entonces, ¿por qué no los ha mencionado?

Lady Regina levantó la barbilla de forma altiva.

—¿Debería haberlo hecho? ¿Acaso son ciertos?

Su respuesta dejó al vizconde sin palabras. Nadie antes se había preocupado por preguntarle si todo eso era veraz.

—De todos modos pensará lo que quiera, así que tampoco importa lo que yo pueda alegar.

—Pues a mí me importa.

Las palabras sonaron tan sinceras que lord Draker estuvo a punto de creerla. Y eso lo enfureció todavía más.

—Piense lo que quiera —bramó él—. Me da igual.

—Muy bien.

Cuando Regina no dijo nada más, él la maldijo por no indicarle qué era lo que había decidido creer. No era que le importara lo que ella pensara, no, ni mucho menos.

Acto seguido, lady Regina tuvo la audacia de sonreír y añadir:

—No sé cómo nos hemos desviado tanto del tema que nos afecta. No estoy aquí para hablar ni de usted ni de mí. He venido por Louisa.

Sí, claro, Louisa. Maldita fuera esa mujer. Lo estaba mareando, con sus ridículas aseveraciones sobre la felicidad de su hermano. No era más que una hipócrita. Una fémina seducto-

ra y peligrosa, la pura encarnación de la hipocresía embutida en un cuerpo hecho para...

Lord Draker apretó los dientes. Esa reacción era la que Foxmoor probablemente deseaba conseguir cuando le envió a su hermana.

—Sí —respondió él con evidente tensión—, estábamos hablando sobre cómo usted y su hermano han embaucado a mi hermana. De no ser así, jamás se le habría pasado por la cabeza ir contra mi voluntad. A veces puede ser un poco cabezota, pero no tiene ni un pelo de tonta.

Regina enarcó una ceja con elegancia.

—Está claro que jamás se ha enamorado, porque entonces comprendería que dos personas enamoradas no sean capaces de actuar de forma racional.

—¿Enamorados? ¡Ja! ¿Tras un par de vueltecitas por la pista de baile el día de su presentación en sociedad? —Un repentino escalofrío lo recorrió de la cabeza a los pies. Se apartó de lady Regina y se dirigió hacia la chimenea—. Porque... No se habrán visto más veces, después de dicha ocasión, supongo...

—Las jóvenes salen a tomar el aire a la terraza durante las fiestas, ¿sabe? —Regina lo observó mientras él asía el atizador del fuego—. Y los caballeros enamorados de ellas las siguen hasta el jardín. La atracción puede hacer florecer el amor tras tan sólo unos breves encuentros.

El vizconde atizó el fuego con vigor.

—Es posible que mi hermana crea estar enamorada, pero dudo que las intenciones de su hermano sean tan nobles.

—Si cree que mi hermano intenta manchar la virtud de su hermana...

—No, seguramente ése no es el objetivo final. —No si ese juegucito de seducción tenía algo que ver con el Príncipe de Gales, tal y como Marcus sospechaba.

Regina parpadeó.

—No creerá que va detrás de su fortuna... Mi hermano es sobradamente rico...

—Me alegro. —Lord Draker dejó el atizador a un lado y la miró directamente a los ojos—. Porque si ella se casa con él, le juro que la desheredaré. Su hermano no sacará ni un miserable penique de ella.

Cuando lady Regina lo observó como si fuera una miserable sabandija, el vizconde sopesó retirar esa sórdida mentira. Sólo había dicho esa tontería para que ella lo pensara dos veces antes de ayudar a la pareja.

—Esa amenaza no mantendrá a mi hermano alejado de su hermana —sentenció ella tranquilamente—. Lo único que conseguirá será animarlos para que sigan adelante con sus planes de verse a escondidas, y animarme a mí para que los ayude.

—¿Qué? ¿Y correr el riesgo de provocar un escándalo? —Lord Draker la miró indignado—. Usted nunca haría una cosa así.

Regina prosiguió con su reto.

—Si ellos desean arriesgarse a provocar un escándalo con tal de ser felices, entonces puede estar seguro de que los ayudaré.

El vizconde se contuvo para no lanzar una grosería en voz alta. Quizá había llegado el momento de que lady Regina supiera cuáles eran las verdaderas intenciones de Foxmoor. Porque si pensaba todas esas majaderías acerca del amor, seguramente no aprobaría los planes de su hermano.

¿Y si ya conocía los planes de Foxmoor? En ese caso, era mejor mostrar todas las cartas encima de la mesa.

—¿Y no se ha preguntado por qué su hermano, quien se podría casar con cualquier mujer que deseara, ha decidido perseguir a una joven cuya familia y amigos se oponen a él?

Ella levantó la barbilla con arrogancia.

—Porque está enamorado.

El vizconde lanzó un bufido.

—Ya, está enamorado, de acuerdo. Lo que le pasa a su hermano es que ambiciona convertirse en primer ministro.

Había elegido las palabras cuidadosamente, sin esperar a que ella supiera cuáles eran las reivindicaciones del Príncipe de Gales sobre su paternidad respecto a ella.

—Se lo expondré más claramente. Verá, Su Alteza, o sea, uno de los mejores amigos de su hermano, le tomó a Louisa un enorme afecto en los años en que jugaba a ser el «tío George», y ahora está enojado porque me niego a permitir que se acerque a ella...

—¿Dice que no deja que Su Alteza vea a Louisa? ¿Y él acata su decisión?

—Qué remedio le queda. Sabe que no puede ejercer presión alguna porque entre él y mi hermana no existe ninguna conexión. Louisa es simplemente la hija de una de sus antiguas amantes. Sin embargo, no se da por vencido y sigue intentando meter las narices en una historia que no le concierne. Fíjese en lo que él y la señora Fitzherbert hicieron con esa pobre niña, Minney, tras la muerte de su madre, que era otra de las amantes del príncipe. Todo el mundo sabía que no era hija suya, pero no obstante él solicitó la custodia de la niña y ganó el caso, únicamente gracias a su abuso de poder.

Lord Draker miró a Regina.

—Por suerte, conozco suficientes secretos del príncipe como para no consentir que me haga una jugarreta similar. Y ésa es la razón por la que está intentando llegar hasta Louisa a través de su hermano, un hombre que haría cualquier cosa por mejorar su trayectoria política, incluso urdir una estratagema para introducir a Louisa en la esfera del príncipe contra mi voluntad.

Completamente pálida, Regina se apartó lentamente de él.

—Cree que mi hermano... que el príncipe está usando a mi hermano...

—Creo que su hermano está usando a mi hermana. A petición de Su Alteza. Su hermano estará encantado de proporcionarle al príncipe todo aquello que le pida, a cambio de su apoyo político cuando ese truhán se convierta finalmente en rey.

Regina volvió a mirarlo a la cara, con un brillo inusual en sus ojos.

—¿Por qué Louisa jamás ha mencionado sus sospechas?

—Porque no lo sabe. Nunca le he contado el interés que el príncipe parece tener en su futuro, ni los intereses de su hermano. No quiero herirla.

—Yo tampoco. Y no estaría aquí, defendiendo a mi hermano, si pensara que ésas son sus intenciones. Le aseguro que si quisiera casarse con ella por razones políticas, no tentaría la suerte de provocar un escándalo.

—No creo que su verdadera intención sea casarse con ella. Hacerle la corte sería suficiente excusa como para introducir a mi hermana en los círculos del príncipe...

—¡Cómo se atreve! Simon jamás usaría a una mujer de

una forma tan vil, jugando con sus sentimientos meramente para obtener un provecho político. Además, si eso es todo lo que él quiere, le habría hablado de la intención del príncipe la primera vez que bailaron juntos. Sin embargo, jamás lo ha mencionado. Sin lugar a dudas, se equivoca acerca de sus intenciones.

—No me equivoco. No sé por qué su hermano todavía no se lo ha contado, pero le aseguro que no está perdidamente enamorado de mi hermana. Y con esa patochada de verse en secreto, lo que realmente pretende es quedarse a solas con ella para llevarla hasta el príncipe, para que ese villano pueda estar con ella y minar mi autoridad.

—¿Y no cree que Louisa debería saber cuál es el interés que el príncipe ha depositado en su futuro?

—¡De ningún modo! Es demasiado joven para que la abrumen con la idea de moverse en los círculos de la Corte, y todavía no es suficientemente sutil como para comprender el grado de peligrosidad que rodea a Su Alteza. —Acercándose a Regina, el vizconde bajó la voz—. Así que le prohíbo que le comente nada sobre este...

—No soy una cotilla, señor —aclaró ella con evidentes muestras de altanería—. Además, no se me ocurriría largarle una patraña infundada sobre un plan entre el príncipe y mi hermano.

La lealtad que profesaba hacia su hermano era de admirar, si bien estaba fuera de lugar.

—Si no me cree, pregúntele a Foxmoor por qué está cortejando a mi hermana, y ya verá qué le contesta.

Un amago de duda asomó en sus ojos antes de que retrocediera unos pasos.

—No lo haré. Conozco a mi hermano. No es un pérfido calculador como usted lo pinta. —De nuevo arqueó una ceja elegantemente—. Y tampoco está tratando a su hermana como se merece. Louisa es una muchacha encantadora. Cualquier hombre sería feliz de poder casarse con ella.

—¿La hermana del vizconde Dragón, con una madre cuya reputación fue similar a la de la pérfida Dalila? —El vizconde se apoyó en una de las estanterías—. Cuando decidí que Louisa se diera a conocer en las altas esferas de la sociedad, deseé

que encontrara a un joven y apuesto aristócrata o a un afable mercader que no se fijara en su comportamiento pueblerino y en su conexión conmigo, que se casara con ella porque la valorara tal y como era. Y mire usted por dónde, Louisa ha captado el interés de un acaudalado duque con posibilidades de un porvenir brillante. ¿Puede culparme de ser mal pensado?

—Le aseguro de nuevo que mi hermano es únicamente uno de sus admiradores.

Esa observación lo descentró. Odiaba que esa mujer pretenciosa supiera más sobre las expectativas de su hermana que él mismo.

—Entonces permitamos que otro de sus admiradores la corteje, porque nunca accederé a que su manipulador hermano festeje con Louisa. Sé que el príncipe está detrás de todo esto, y no lo permitiré.

—Si algún día conoce a mi hermano, sé que cambiará su mala opinión...

El vizconde lanzó una risotada ordinaria.

—Me parece, señorita, que ese día nunca llegará. A diferencia de esa panda de idiotas en el Parlamento, yo no me dejo seducir por un chiquillo insolente con buenas dotes oratorias.

Regina se sintió ultrajada. Sus mejillas se encendieron y adoptaron un color escarlata y su pecho empezó a moverse con rápidos espasmos, a causa de la enorme agitación que sentía. Que Dios lo ayudara. Lady Regina estaba más encantadora, si cabía, cuando se azoraba. Lo habría dado todo por tener a esa mujer llena de fuego y de pasión debajo de él...

—Entonces, los obligará a fugarse por culpa de su cabezonería —espetó Regina.

Con la rapidez de un rayo, él apartó de su mente esos pensamientos pecaminosos.

—Dudo que su hermano vaya a fugarse con Louisa, pero ahora que sé lo que planea, ya he hallado la solución al problema: encerraré a mi hermana aquí en casa, fuera de su alcance.

—¿Será capaz de truncar sus oportunidades de encontrar un marido, simplemente para mantenerla alejada de mi hermano?

Lord Draker esgrimió una mueca de fatiga.

—Louisa puede esperar hasta la próxima temporada. En-

tonces será capaz de ver la situación con una perspectiva diferente.

—Se equivoca. Lo que conseguirá es que Louisa le odie. Si se muestra testarudo e irracional, ella tendrá una perfecta justificación para engañarlo a la primera de turno. —Regina lo acribilló con una mirada aplastante—. A menos que pretenda encerrarla bajo llave en la mazmorra que se rumorea que tiene en la cripta.

—No sea ridícula. Cuando Louisa esté aquí, la convenceré de que tengo razones sobradas para...

—O quizá sus medidas draconianas harán que ella huya despavorida de Castlemaine. Le aviso, si su hermana se presenta en mi casa en busca de refugio, se lo daré.

—¡Se está excediendo, señorita! Si la ayuda, yo... yo...

—¿Qué? ¿Me vetará de la alta sociedad? ¿Verdaderamente cree que alguien le dará más credibilidad a usted que a mi hermano?

Lord Draker apretó el puño. El duque tenía amigos que ocupaban puestos muy relevantes. Marcus, en cambio, sólo contaba con su dinero y su notorio mal carácter.

Y sus hermanastros.

—De acuerdo. Dejaré que Louisa acabe de pasar la temporada en Londres. Pero les prohíbo a usted y a su hermano que se acerquen a ella.

—Entonces Simon recurrirá a otra mujer para que le ayude a verse con Louisa a escondidas, una mujer que usted no conozca. Y su hermana accederá encantada a sus propósitos.

—Me está empezando a poner muy nervioso —bramó él—. Pero ¿se puede saber qué quiere de mí? No me da ninguna alternativa. No quiero que ese par se vean a escondidas, pero por otro lado me niego a aceptar que su hermano festeje con ella si el motivo es conducirla hasta las mismísimas garras del maldito príncipe.

—Mire, antes de acusarlo, debería averiguar los verdaderos motivos que alberga mi hermano, ¿no le parece justo?

La respuesta de Regina lo dejó sin palabras.

—¿Qué quiere decir?

—Que la solución más sabia sería dejar que festejen, pero supervisar usted mismo esa relación. ¿Por qué no se acerca a

los círculos sociales y se cerciora de cómo están realmente las cosas entre su hermana y mi hermano? Posiblemente, si los ve juntos, cambiará sus ridículos recelos. Y si por una pequeña casualidad aún sigue convencido de las malas intenciones de mi hermano, gozará de un mayor control sobre la situación que si está aquí, alejado de la sociedad.

«¿Entre esa panda de cotillas despreciables?», pensó Marcus.

—No sabe lo que me está pidiendo. Odio a ese grupo de engreídos, y ellos me odian a mí, se lo aseguro.

—¿A causa de esas viejas habladurías? Lo dudo. Es probable que al principio lo miren mal, pero esos reparos desaparecerán rápidamente cuando la gente descubra el interés que usted profesa por su hermana.

«Lady Presuntuosa» estaba loca de atar, si pensaba que la situación se resolvería de forma tan simple. Aunque lo cierto era que si aceptaba esa propuesta, podría vigilar a Louisa más de cerca.

—¿Está segura de que de ese modo evitaremos que se vean a escondidas?

—Le doy mi palabra. Si les da permiso durante un mes para festejar como es debido, mi hermano podrá probar que sus intenciones son totalmente nobles.

¿Nobles? ¡Ja! Foxmoor desconocía el significado de dicha palabra. Si Marcus podía demostrar los motivos que empujaban a Simon a cortejar a Louisa, ¿sería lady Regina capaz de condenar el comportamiento de su hermano?

Ciertamente no, si ella también formaba parte de ese complot. Pero si estaba implicada, debería de saber que la intromisión del vizconde iría en contra de los planes de su hermano. Si Marcus metía las narices en los círculos sociales, podría detener los malvados planes de Foxmoor.

Lord Draker la miró con desdén.

—Espera que rechace su propuesta, ¿no es cierto? De ese modo, usted y su hermano podrán contarle a Louisa lo irrazonable que soy y ofrecerle la excusa perfecta para desobedecerme.

Regina lanzó una mueca de incredulidad.

—No sea ridículo.

—Aunque pensándolo mejor, el plan es perfecto. ¿Se le ha ocurrido a usted sola o la ha ayudado su hermano del alma?

Los bellos ojos grises de Regina lo atravesaron con una rabia extrema.

—¿Eso es lo que hace todo el día aquí, en el campo?, ¿imaginar intrigas y complots contra usted? Siento mucho decepcionarlo, señor, pero sólo busco la felicidad de mi hermano y de Louisa.

El vizconde no creía ni una sola palabra de esa mujer, y estaba dispuesto a demostrar que ella mentía, aunque con ello le fuera la vida.

—De acuerdo, acepto su reto. Frecuentaré los círculos sociales y observaré a mi hermana y a su hermano de cerca. Soportaré los chismes y la especulación, si eso es necesario para que Louisa entre en razón.

—Eso es precisamente lo que deseo —apostilló Regina con gazmoñería—, que les dé una oportunidad.

—Entonces, seguro que no le importará acceder a una insignificante condición.

Regina no pudo ocultar su perplejidad.

—¿Cómo?

Cuanto más vueltas le daba, más le gustaba la idea. Marcus le lanzó una sonrisa maliciosa.

—Me parece que estoy asumiendo todos los riesgos en este acuerdo. Usted me propone que vuelva a entrar en los círculos de la alta sociedad, donde tendré que soportar unos protocolos sociales que detesto, y todo lo que quizá obtenga con ello será la pérdida de mi hermana en brazos de su hermano. De acuerdo. Plantaré cara a esa panda de cotillas, pero sólo si usted les planta cara conmigo. Accederé a que Foxmoor corteje a Louisa si... accede a festejar conmigo.

Ella lo miró sin pestañear, boquiabierta.

«Ya te tengo, lady Presuntuosa», pensó Marcus con satisfacción.

¿*La Belle Dame Sans Merci* debía mostrarse a favor de las atenciones del despreciable vizconde Dragón en público? ¡Ni soñarlo!

No se arriesgaría a dañar su reputación convirtiéndose en la comidilla de la sociedad. Además, si aceptaba, el vizconde conseguiría que Louisa pensara que sus nuevos amigos eran unos personajes muy frívolos.

Una sonrisa se fue perfilando en los labios de lord Draker al tiempo que la mirada de Regina se tornaba más gélida.

—Cree que no aceptaré su propuesta.

—Oh, no, no puede negarse —se jactó él—. A usted sólo le interesa la felicidad de mi hermana. Seguro que soportará mi compañía con alegría, sabiendo que la finalidad es unir a dos amantes.

—La verdad es que no me importaría, si supiera por qué desea hacer la corte a una joven de mi clase.

Lord Draker se encogió de hombros.

—Puesto que tengo que entrar de nuevo en esos detestables círculos sociales, qué mejor que hacerlo del brazo de una bella dama. —Repasó a Regina con clara insolencia, aguardando a que ella se sonrojara antes de proseguir—: En el lugar adecuado, incluso la compañía de una mujer como vos puede ser agradable.

Regina lo fulminó con la mirada.

—¿Está seguro que únicamente pretende hacerme la corte para molestar a mi hermano?

—Admito que ese factor añade morbo a la situación, pero no. —Marcus decidió emitir la primera razón que le vino a la mente, sabiendo que de cualquier modo ella iba a rechazar su propuesta—. Ha llegado el momento de buscarme una esposa, así que... ¿por qué no empezar la búsqueda por la cúspide de la escala social?

—¡Qué adulador! —remarcó ella con frialdad.

—No le estoy pidiendo que se case conmigo. Simplemente deseo contar con su compañía exclusiva, del mismo modo que permitiré que su hermano esté con mi hermana. Además, si dispongo del apoyo de una mujer de su posición, me será más fácil introducirme nuevamente en sociedad.

Sin apartar ni un segundo la vista de él, Regina elevó la barbilla con arrogancia.

—De acuerdo, acepto su propuesta, señor.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Marcus. Esa mujer no podía hablar en serio.

—Quizá no ha entendido bien mi propuesta. No me refiero a un cortejo en privado, invitándola a dar un paseo a caballo por la campiña inglesa o acompañándola a ver una obra teatral

en un recinto sin apenas luz. Tendrá que bailar conmigo públicamente y pasear en mi carruaje por la confluida avenida de Rotten Row. Para amortiguar el escándalo de mi regreso a las esferas sociales, deberá comparecer en, por lo menos, dos o tres eventos públicos colgada de mi brazo.

Regina pestañeó con cara de incredulidad.

—¿Eso es todo? Le propongo que salgamos durante un mes. Usted les concede a Simon y a Louisa un mes para festejar, así que nosotros haremos lo mismo.

—Cree que no hablo en serio, ¿verdad?

—No. No me parece la clase de hombre al que le guste gastar bromas.

—Exactamente. No estoy bromeando.

Aunque ahora que lo pensaba con más calma, ¿sería capaz de soportar ese juego durante el período de tiempo establecido?

Sí. Tratándose de Louisa, pensaba sacar la fuerza de debajo de las piedras, si era necesario, y desafiar a quien fuera. A pesar de que su aparición en público podía dañar seriamente la imagen de su hermana, las consecuencias serían más terribles si descubrieran a Louisa en una situación comprometedoramente con el duque. Y si el Príncipe de Gales conseguía desplegar sus encantos y seducir a su hermana, el desenlace final podía ser nefasto. Marcus sabía de primera mano con qué facilidad su manipulador padre podía arruinar una vida, por eso no permitiría que ese bribón arruinara la de Louisa.

Y si Foxmoor podía usar a la hermana de Marcus, Marcus podía también usar a la de Foxmoor. Se aseguraría de que las apariciones de lady Regina con él en sociedad le dejaran a ella un amargo sabor de boca, que supiera lo que le esperaba si finalmente se emparentaba con él. Entonces «lady Presuntuosa» le rogaría a su hermano que cesara de cortejar a Louisa.

—Muy bien, trato hecho —asintió él—. Simon corteja a Louisa y yo la cortejo a usted.

Regina ni parpadeó.

—Me parece bien.

—Perfecto. Los Iversley ofrecerán una fiesta mañana por la noche para exhibir el talento musical de Louisa. Pasaré por su casa a las siete en punto para recogerla.

Marcus pensó que ella se echaría atrás, pero únicamente se limitó a encogerse de hombros.

—Y Simon también asistirá. A mí me habían invitado, pero a él no, puesto que los Iversley parecen compartir su desaprobación ante el interés que mi hermano profesa por Louisa. Pero no pienso ir a ningún lado a menos que él...

—No se preocupe. Lo solucionaré ahora mismo.

Acto seguido, se dirigió al escritorio para redactar una nota.

—Ya que le gusta tanto ir de visita, supongo que no le importará detenerse un momento en casa de los Iversley esta tarde y entregarles este mensaje —le dijo al tiempo que le entregaba la nota—. Puede leerla si no se fía de mi palabra.

Un pánico extraño se adueñó de las facciones de Regina.

—No, no hará falta. Me fío de usted.

—Entonces hasta mañana.

El vizconde apretó el paso hacia la escalera que conducía a la galería superior, esperando que ella supiera interpretar el gesto claro de despedida. Lady Regina había encontrado el camino hasta la biblioteca, así que seguramente no tendría ningún reparo en hallar sola la salida.

—Una cosa más antes de marcharme, lord Draker —dijo Regina—. Será mejor que se afeite la barba antes de la fiesta. Ahora la moda entre los hombres pasa por no exhibir barba.

Él se dio la vuelta y le lanzó una mirada fría como el hielo.

—Tampoco están de moda las mujeres impertinentes, pero en cambio eso no parece detenerla. Hasta mañana.

—Pensé que desearía saber...

—He dicho hasta mañana —repitió él con firmeza.

Ella lo miró contrariada. A continuación se dirigió a la puerta con porte arrogante.

Tras entornar la puerta y perderse por el pasillo, Marcus lanzó un bufido. Afeitarse la barba. ¿Era ésa la razón por la que ella había aceptado su propuesta? ¿Porque pensaba que podría transformarlo en un caballero apropiado?

En ese caso, lady Regina estaba bien equivocada. Él no era el típico pretendiente galán al que ella doblegaba con su dedo meñique simplemente para divertirse. Ninguna hija de duques con la lengua afilada le diría a él cómo tenía que vestirse ni comportarse.

Aunque cuando recordaba la sonrisa seductora de esa mujer y esos pechos gloriosos que parecían suplicarle que los besara y acariciara y...

Unas gruesas gotas de sudor empezaron a anegar su frente, y de repente Marcus se maldijo por su extrema debilidad. Tenía que ser fuerte y no caer en esa tentación. Podía hacerlo. Simplemente tenía que mantener la mente centrada en su objetivo. Además, aunque él estuviera dispuesto a aplicar un cambio radical a su vida por esa maldita fémina —cosa que no tenía intención de hacer— no sería adecuado para él. Cuanto más ofendiera la sensibilidad de «lady Presuntuosa», más pronto ella le rogaría a su hermano que culminara su relación con Louisa.

Y eso era lo único que Marcus anhelaba. Cuanto antes, mejor.